

La Juventud Literaria.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS

AÑO IX.

SUSCRIPCIÓN: En Murcia, 50 cts. al mes. Fuera, 2 pesetas trimestre.—Anuncio y periódico 1 peseta al mes.

Director: Ramón Blanco Rojo.

MURCIA 11 DE ABRIL DE 1897.

La correspondencia al director. Redacción y Administración: Apóstoles, 11, bajo. Número suelto 10 céntimos.

NÚM. 364.

A los anunciantes

Advertimos á los señores anunciantes que desde 1.º de Noviembre todo anuncio pagará



de peseta por insercion, segun ley de 14 de Octubre de 1896.

La Juventud Literaria

PALIQUE.



Siendo hoy Domingo de Ramos y principian los religiosos misterios que el mundo católico conmemora há XIX siglos, es un deber, en nosotros, dedicar una parte del palique á la pasión sacrosanta del que nos redimió á costa de su Divina Sangre.

La Semana Santa nos recuerda el terrible drama del Calvario; nos recuerda el entusiasta recibimiento que tuvo Jesús en la cruel Jerusalén; nos recuerda la última cena que hizo con sus Apóstoles; nos recuerda lo que sufrió en el Huerto de las Olivas; nos recuerda el infame beso que recibió de su discípulo; nos recuerda su pasión, y nos recuerda los terribles detalles de su muerte.

Todo es triste en estos días.

Desde el siglo III se celebra con gran fervor la Semana Santa, pero arraigóse más en los siglos posteriores.

Aquel juez débil que condenó al Justo al afrentoso suplicio de la Cruz, poniéndole sobre los hombros un manto rojo y por diadema una corona de espinas: mandó colocar en el infamante madero la siguiente inscripción, en hebreo, griego y latín: «Jesús de Nazareth, Rey de los Judíos.»

—Perdonadles, Señor, que no saben lo que hacen,—exclamó el Hombre-Dios, cuando lo crucificaban.

En la cumbre del Gólgota pronunció el Salvador las siete palabras, los siete poemas de la redención, y mirando á su Madre dolorida y triste, dijo elevando al cielo sus ojos: *Consumatum est*. Todo ha terminado.

El Hijo de Dios vertió su sangre por redimir á la humanidad.

Las profecías se cumplieron.

Diez y nueve siglos han trascendido del drama del Calvario. La civilización extendió sus doctrinas por todos los ámbitos de la tierra; la mujer rompió las cadenas de su esclavitud y se igualó al hombre, siendo, desde entonces, su dulce compañera en sus penas y alegrías.

Al recordar hoy la gran epopeya del Cristianismo, comprendemos su divinidad y comprendemos la gloria que nos promete al abandonar este valle de lágrimas.

¡Desgraciado del que en estos días no tenga presente lo que padeció Cristo por nosotros!

* * *

Nuestra amiga Isabel Perez Pimentel, ha regresado de Linares, donde ha sido muy mimada, no es extraño, pues tiene esta criatura tanta gracia y tanto encanto, que habrá dejado en Linares recuerdo eterno y grato.

Dámosle la bienvenida; todos nos felicitamos de que una chica tan guapa haya á Murcia regresado, pues en verdad es orgullo del bello suelo murciano.

* * *

Nuestro muy querido amigo el ilustrado redactor de «La Lata» de Mula, D Manuel Sanchez Visado, contesta á la consulta que le hice, há dos domingos, con la siguiente composición:

«Me haces una consulta en tu periódico, por extremo gravísima, á la cual me apresuro á contestarte en las presentes líneas.

Dicesme que las habas te hacen daño, y me pides receta para adunar tus gustos por las habas con tu salud perfecta.

Mucho llevo leído y consultado, Ramón, en estos días; entre autores de aquí y de allá paséme larguísimas viglias.

Y juzgando mezquinas las consultas hechas aquí en la tierra, mis ojos elevé, y he consultado también á las estrellas.

Cual precioso compendio de trabajo tan ímprobo y tan rudo, te ofrezco el específico *non plus* el infalible, el único.

Para hacer de las habas indigestas, inocente manjar, diz las estrellas y los sabios dicen: «No comerlas jamás.»

De esta manera luminosa, tienes tu consulta resuelta. Sabes que como siempre está á tus órdenes, quien te aprecia de veras.»

Ahora resulta, mi querido D. Manuel, que estoy en un potro y no sé la resolución que he de tamar, pues nuestro amigo Emilio Martini, en su «Receta infalible», me dice que pueden comerse las habas, en tal de beber buen *jumillano*, ¡y como esta hortaliza me gusta tanto!... En fin, yo no me determino á comer habas hasta que Vd. no me dé su «Receta definitiva».

Hé aquí lo que dice el amigo Martini:

Mi querido Ramón Blanco, aunque un intruso yo sea con meterme, sin llamarme, en la *intrincada* polémica que con D. Manuel Visado entablar con fé deseas, yo también voy á exponer mi pobre y humilde idea sobre las habas, que creen algunos, son indigestas. Sabrás, amigo Ramón, que las habas son tan buenas, que por su gusto exquisito se comen de cien maneras, que la sangre empobrecida con pura sangre renueva, dan vigor al organismo y jamás son indigestas máxime, siendo *bañadas* con «*Jumilla*, clase extra», que es un vino como hay pocos, aunque digan lo que quieran.

Sí, Ramón, no tengas miedo, come las habas que quieras, que daño nunca te harán mientras que *Jumilla* bebas; este es el procedimiento que te doy, como *receta*.

* * *

Encuétrase entre nosotros el bizarro Comandante Sr. D. Antonio Tenza, que por lo mucho que vale nos honra con su amistad, lo menos diez años hace. Dámosle la bienvenida, y Dios quiera no se marche hasta que se case en Murcia, y tenga nietos á pares.

* * *

Como todos los santos tienen octava, felicito, aunque tarde, á las murcianas que el nombre llevan de Dolores, que es nombre que al alma alegra.

Y tambien doy los dias cual corresponde, á la sin par Lolita Sanchez Belmonte. Yo la distingo, porque mucho me ayuda con sus escritos.

RAMON BLANCO.



LA CONFESION

Y yo, abismado en tanta maravilla, con miedo reverente ceso, y humilde inclino la rodilla, y la devota frente.

(MELÉNDEZ.)

Ya el manso indócil, que en su error seguía con inútil empeño, torna á buscar la sal que le ofrecía la mano de su dueño.

De la virtud abandoné gozoso el aterido llano, porque otro el gusto me enseñó frondoso á la siniestra mano.

En él probó con algazara loca ámbares mi sentido, ricos panales mi sedienta boca, y sirenas mi oído.

Piloto audaz, con la inocencia mia por exclusivo amparo, torpe esquivé la soberana guía del eminente faro.

Cuantas hollé risueñas á la entrada alamedas y llanos, trocáronse, al volver de la jornada, en inmundos pantanos.

Adonde el soto me forjé más bello, me hirieron los abrojos; las zarzas, arrancándome el cabello, me azotaron los ojos.

Jamás calmé, por aliviar las mias, las desdichas ejenas: siempre faltaron á mis ojos días para llorar mis penas.

Al poderoso sorprendí comprando la inocencia con oro, mas yo vengué su iniquidad, entrando á saco su tesoro.

